

La versificación era trabajosa y brusca, el sentimiento tiernísimo, las imágenes vivas y aspirando a una novedad muy cercana a la extravagancia. Trascendía la oda a la escuela romántica, pero indudablemente revelaba un ingenio superior.

Después de un reñidísimo debate, en el que por primera vez se pronunciaron los nombres de Dumas y Víctor Hugo, y vimos relucir los aceros de clásicos y románticos, nos comisionaron a Lacunza y a mí para contestar al poeta anónimo, y ambos en un abrir y cerrar de ojos, presentamos la siguiente cuarteta, que fue aprobada:

A la voz de los cantos y dolores
nuestra alma en tierna comunión
[responde:
si hoy el mérito tímido se esconde,
la gloria un día le ornará de flores.

A la sesión siguiente se presentó Ignacio Rodríguez Galván, con su gran capa azul, su sombrero de lleno la luz en el semblante, le pudimos examinar con detención. Representaba el aparecido 18 o 20 años. Su tez era oscura, pero con el oscuro de la sombra: sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla trisísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada, boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara grandeza y majestad, y como iluminada por algo extraordinario.

Entró deshaciéndose en caravanas; le abrazamos, y tomó asiento, escupiendo sin cesar, y con unas manos grandes, gruesas y mal hechas, que no tenía quietas un momento.

Leyó Rodríguez una composición fantástica, al través de cuya bruma se percibió la llama de un amor delicadísimo y apasionado, a una actriz modelo de virtudes, que era la rosa de oro del Teatro Principal.

Ramírez tuvo un *debut*, como ahora se dice, mucho más interesante.

Pero yo, para hablar de Ramírez, necesito purificar mis labios, sacudir de mi sandalia el polvo de la Musa Callejera, y levantar mi

espíritu a las alturas en que conservan vivos los esplendores de Dios, los astros y los genios.

Una tarde de Academia, después de oscurecer, percibimos, al reflejo verdoso que comunicaba a la luz, el velador de la bujía que nos alumbraba, en el hueco de una puerta un bulto inmóvil y silencioso, que parecía como que esperaba una voz para penetrar en nuestro recinto.

Lo vio el señor Quintana, y dijo: ¡adelante!

Entonces avanzó el bulto, y con una claridad muy indecisa vimos acercarse tímido a la mesa del Presidente, un personaje envuelto en un capotón o barragán desgarrado, con un bosque de cabellos erizados y copados por remate.

—¿Qué mandaba usted?

—Deseo leer una composición para que ustedes decidan si puedo pertenecer a esta Academia.

—Síentese usted.

Sentóse Ramírez junto al señor Quintana, y entonces, dándole de lleno la luz en el semblante, le pudimos examinar con detención.

Representaba el aparecido 18 o 20 años. Su tez era oscura, pero con el oscuro de la sombra: sus ojos negros parecían envueltos en una luz amarilla trisísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada, boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara grandeza y majestad, y como iluminada por algo extraordinario.

El vestido era un proceso de abandono y descuido: abundaba en rasgones y chirlos, en huelgas y descarríos.

En el auditorio reinaba un silencio profundo.

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puño de papeles de todos tamaños y colores; algunos, impresos por un lado, otros en tiras como recortes de molde de vestido, y avisos de toros o de teatro. Arre-

gló aquella baraja, y leyó con voz segura e insolente el título, que decía: *No hay Dios*.

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo, no hubieran producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía todo aquello con despreciativa inmovilidad.

El señor Iturralde, Rector del Colegio, dijo:

—Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; este es un establecimiento de educación.

Y el señor Tornel, Ministro:

—Este es un cuarto en que todos somos mayores de edad.

—Que se ponga a votación si se lee o no, dijo Munguía.

—Yo no presido donde hay mordaza, dijo Quintana, levantándose de su asiento.

Iturralde:

—No se hará aquí esa lectura.

Tornel:

—Se hará aquí o en la Universidad.

—O en mi casa, dijo don Fernando Agreda, que asistía como aficionado.

Cardoso:

—Señor doctor: no le ha de costar a Dios la silla presidencial esa lectura...

—Eso será un viborero de blasfemias.

—¡Triste reunión de literatos, exclamó el padre Guevara, la que se convierte en reunión de aduaneros, que declaran contrabando el pensamiento; y triste Dios y triste religión, los que tiemblan delante de ese montón de papeles, bien o mal escritos!

—Que hable Ramírez.

—Que sí... que no... ¡que hable! ¡que hable!

Se hizo el silencio, y después de un exordio arrebatador, y como

calculada divagación, pasó en revista el autor los conocimientos humanos; pero revestidos de tal seducción; pero radiantes de tal novedad, pero engalanados con lenguaje tan lógico, tan levantado, tan realzado con vivo colorido, que marchábamos de sorpresa en sorpresa, como si estuviéramos haciendo una excursión al infinito por senderos sembrados de soles.

Astronomía, matemáticas, zoología, el jeroglífico y la letra, y el dios...

Y todo esto sin esfuerzo, resonando la trompa épica de lo sublime y el tamboril de los pastores de Virgilio; empleando el decir fluido de Herodoto, o la risa franca y picaresca de Rabelais.

A las exclamaciones de horror y de escándalo se mezclaban palmadas, gritos de admiración y vivas entusiastas.

El señor Quintana, muy conmovido, ponía su mano sobre la cabeza de Ramírez, como para administrarle el bautismo de la gloria.

La discusión se abrió, y si se hubiera dado a la prensa formaría época en la historia del progreso intelectual de México.

¡Qué erudición de Carpio y Pesado! ¡qué tersura de dicción, qué lógica, qué poderosa palabra la del doctor Guevara! ¡qué destreza, qué irradiación, qué flexibilidad admirable en el decir de Lacunza! ¡Cuánto talento de Eulalio Ortega!

Ramírez a todos replicaba: unas veces sabio, las más insolente y cínico.

Iturralde le argüía que la belleza de Dios se veía en sus obras.

—De suerte, replicaba Ramírez, que usted no puede figurarse un buen relojero jorobado y feo...

Sabía de memoria los griegos y latinos; Voltaire y los enciclopedistas le eran familiares, especialmente D'Alambert, a quien profesaba veneración.

Exagerábale Guevara el amor a la patria.

—Sí, señor, de ese amor nos han dado ejemplo los gatos...

—¿Qué le gusta a usted más de México? le preguntaba Tornel con énfasis.

—Veracruz, respondió; porque por Veracruz se sale de él.

La composición de Ramírez era visiblemente un pretexto para hacer patentes sus estudios de muchos años, y como a su pesar, se traslucía su jactancia de malas cualidades que no tenía, fue aceptado con entusiasmo y cariño, aun por los que se presentaron con el carácter de enemigos.

Don Fernando Agreda ofreció a Ramírez su amistad, y puso recursos a su disposición.

Cardoso, que tenía la cualidad preciosa de admirar y ensalzar el ajeno mérito, se convirtió en el panegirista de Ignacio, y fue de sus amigos más constantes y consecuentes, y Olaguibel expeditó su recepción de abogado, y le nombró su secretario en el momento de tomar posesión del Gobierno del Estado de México.

En cuanto a mí, le quise con entrañable ternura y admiración sincera, uniéndonos desde el primer día, haciéndonos inseparables, participando en común de nuestras penas, triunfos y miserias, y bebiendo yo —tan insaciable como desaprovechado—, los raudales que brotaban de su inteligencia privilegiada.

A Ramírez se le ha juzgado con justicia como gran poeta y como gran filósofo, como sabio profundo y como orador elocuente, y Ramírez era en el fondo la protesta más genuina contra los dolores, los ultrajes y las iniquidades que sufría el pueblo.

En política, en literatura, en religión, en todo era una entidad revolucionaria y demoledora; era la personificación del buen sentido,

que, no pudiendo lanzar sobre los farsantes y los malvados el rayo de Júpiter, los flagelaba con el látigo de Juvenal y hacia del ridículo la picota en que a su manera les castigaba. Pero para esto necesitaba un gran talento, un corazón lleno de bondad y una independencia brusca y salvaje sobre toda ponderación.

Ramírez nació el 23 de junio de 1818, en el pueblo de San Miguel de Allende.

En los antecedentes de su padre, insurgente, y en las lágrimas de su madre, virtuosísima señora, aprendió Ramírez el amor a la libertad y el odio a la tiranía.

Las avanzadas ideas y la honradez inmaculada del padre de Ramírez le llevaron al Gobierno de Querétaro, que desempeñó con habilidad y pureza, y, a la caída de Fariás, su familia fue envuelta en una cruel persecución.

No sé por qué trabacuentas fue a ocultarse Ramírez en el convento de San Francisco, donde conoció íntimamente la vida de los frailes, en todos los pormenores de sus especulaciones místicas y su prostitución, y al mismo tiempo, encerrado en las librerías, adquirió desde entonces asombrosa erudición.

Prefería entre sus estudios serios los de historia natural, y se empeñaba en ensayar su aprendizaje en la pintura, en la que nunca hizo letra; pero en la que adquirió un gusto exquisito.

Esta clase de estudios hizo que le declarase al señor su padre su decisión de seguir la carrera de médico.

Colegial oscurísimo de San Gregorio, con relaciones de colegiales muy pobres, de pintores desconocidos y de frailes alegres, Ramírez se dio a conocer en San Gregorio por sus talentos, sus blasfemias y sus sangrientos epigramas contra los doctores, los grandes políticos y los colegas que le chocaban.

Para fomentar su pasión por el estudio, se convirtió en concurrente asiduo de la Biblioteca de Catedral, donde un padre Cortina le cobró especial cariño, fungiendo como dependiente gratuito del establecimiento, y devorando el departamento de libros prohibidos, los cuales aprendía y comentaba con singular acopio de erudición.

En el taller de don Santiago Villanueva, pintor callejero, pasaba las horas enteras Ramírez.

Villanueva era un viejecito chiquitín, coloradito, de motas blancas que no cabellos, en los carrillos y en el occiput, de ojos retozones y penetrantes, largo chaquetón, pantalones en menguante, y zapatones de vaqueta grosera.

Pero el viejecito tenía un genio admirable; traducía con suma destreza las ideas de Ramírez, y se empapó en el espíritu de la buena caricatura, como lo prueban muchos de sus preciosos bocetos.

Villanueva fue quien pintó los lienzos de San Francisco que representan la pasión del Señor, lienzos en que se notaban rasgos de verdadero genio.

El taller era un cuarto destartado y mugroso, con un caballete acuñado con ladrillos; veíanse por todas partes Cristos y Madonas, estudios varios pegados a la pared y varias mesitas en las que había regados carboncillos y esfuminos, entre tortas de pan, jarros, canastas y preciosas estampas romanas.

Al taller de Villanueva concurrían músicos como Salot y el negro Beristain, los escultores Rosetes, el padre Rosete, gran pulsador de arpa, algunos curiales y políticos como Pepe del Río, Zerrecero, don Hipólito Rodríguez y otros, porque don Hipólito era como la *retostada* en materia de libertad y herejía.

Versos picarescos, anécdotas color de hormiga, crónica escandalosa, mordelona y con puntas, en-

sueños de arte, *quites* a la pobreza, y cuanto se bulle, tenía lugar en aquel taller, menos lo tonto y lo dañado de corazón.

Allí asistía Ignacio, siempre serio, reservado, triste, como abstraído de la conversación, rompiendo la nube de su retraimiento relámpagos de saber, de gracia, o de sátira, que dejaba absortos a los circunstantes.

Pero Ramírez no era comunicativo, y «por eso —decía él— por feo y pobre, me echaron de la casa de mis primeros amores».

Esos amigos dieron a Ramírez conocimientos especiales en todos los figones de la capital, obsequiándole frecuentemente con almuerzos y comidas.

Como la mayor parte de los que cultivaban la sátira, era Ramírez susceptible en extremo, y en lo íntimo pasaba de la chanza al reproche con suma frecuencia.

De sensibilidad exquisita y exagerada, conociendo su propia susceptibilidad, no sólo ocultaba en lo más íntimo de su alma sus afectos, sino que aparentaba lo contrario de lo que sentía, como temiendo exponer al sarcasmo a los objetos de su culto reverente.

Jamás hablaba de sus padres, de su esposa, de sus hermanos y parientes. Pero los que estábamos a su intermediación nos cercioramos de su ternura inmensa para sus deudos.

Sin embargo, tenía máximas como ésta:

«Cuando se habla mal de todas las mujeres, exceptúo a mi madre para justificar mi procedencia.»

Adoraba a su esposa, y decía: «La sonrisa de la mujer que nos ama es una flor en la punta de una daga.»

Era la honradez misma y escribía:

«La conciencia es el resultado del humor con que uno amanece.»

Y esa fanfarronería de perversidad, ese artificio que nadie pudo explicar satisfactoriamente y que le granjearon mortales enemigos, descarrilan la crítica cuando se ocupan de él sus biógrafos, y falsan los puntos de partida del buen juicio para poner en su luz verdadera su talento, su carácter y sus virtudes eminentes.

Porque Ramírez no era un jugador que hacía de sus palabras un juego para fomentar el libertinaje; no era el chistoso de cantina que expende sus chistes para que se le aplauda copa en mano... no señor: Ramírez era serio y reservado, concetioso y poco expansivo; en sociedad parecía como la caja que encerraba otro ser dentro del que todos veían. Sus chistes eran rápidos, inesperados, como la chispa que salta de una máquina eléctrica por un choque casual.

No obstante, sus salidas eran tantas, tan incisivas, y se vulgarizaban con tal rapidez, que ofuscando hoy mismo todo criterio se cree que la facción dominante de su fisonomía moral, era el sarcasmo o el chiste.

Así sucedió a Quevedo, a quien nadie recuerda como teólogo insigne ni como orientalista eminente, a la vez que sus chistes agudos, sus anécdotas picarezcas y sus letrillas retozonas y punzantes están en la boca de todos.

Los cuentos y las salidas de Cardoso absorben su fama, y de muy reducido círculo es conocido el distinguidísimo latino, el literato insigne, el escritor correctísimo y elocuente y el sabio político que instruyó en las más nuevas doctrinas del derecho constitucional a los políticos eminentes precursores y autores de la Constitución de 57.

Volviendo a Ramírez, se entregó a los estudios médicos con ardor, y la botánica formaba sus delicias.

Sus estudios médicos le hicieron concurrente perpetuo al panteón

de Santa Paula, abierto por entonces al público, y que el cuidado de don Vicente García lo tenía convertido en un vergel encantador.

Una tarde paseábamos en el panteón, observamos en uno de los ángulos más retirados a un hombre sentado frente a una mesita de palo blanco, descubierto, y con un cráneo y varios huesos sobre la mesa. Tenía una botella al lado y un vaso.

Examinaba con mucha atención los huesos cuando nosotros nos acercamos ansiosos a reconocerle.

Era un hombre rubio y pelón, fornido y ancho de espaldas, de ojos azules y de unas manos blancas como la nieve y muy cuidadas.

Nos acercamos, y el hombre con mucha cortesía nos invitó a tomar vino.

Ignacio emprendió conversación con aquel caballero, quien se mostró tan complacido de escucharle que no obstante que era brusco y de pocas palabras le invitó a tomar asiento, le ofreció su amistad, y quedaron a partir un piñón. El caballero de quien acabo de ocuparme era el celeberrimo doctor Jecker, hermano del banquero que tanto figuró después en la historia de la Intervención.

A este doctor puede llamarse sin exageración el padre de la cirugía en México. Escobedo siguió sus huellas, promovió el establecimiento de cátedras, etc., y colocó la ciencia en esa vía en que han recogido sazonados frutos, cirujanos de inmortal renombre.

La amistad de Jecker empuñó a Ramírez en estudios anatómicos y osteológicos realmente admirables.

Dejemos a Ramírez en marcha para Toluca con Olaguibel, y no olvidemos que hemos hecho tan solo una incursión fuera de la Academia de Letrán, del brazo de Ramírez.

Ven acá, Fernando muy amado de mi corazón, que ahora sigues tú.

Ahí le tienen ustedes, grueso, ancho, chaparro, desgarrado, casi vulgar, con aspecto de vendedor de sarapes o de cueros de chivo.

Entrecano, con una patilla de columpio que alargaba y encallejonaba su rostro picado de viruelas, nariz roma y labios gruesos que dejaban al descubierto unos dientes grandes y renuentes a una arreglada conformación, Fernando habría pasado por feo en grado heroico, sin la mirada de sus ojos garzos que iluminaba y embellecía su fisonomía, haciéndola dulce y simpática por extremo.

Un sombrero blanco, tendido, una polvosa levita verde, unos zapatos bajos excéntricos y un bastoncillo de Pepito: he ahí pintiparado a Fernando, a la luz de veintisiete primaveras que entonces le iluminaban (1837).

Nació Fernando en Guadalajara, según hoy se ha demostrado plenamente, y no en Zacatecas, como hasta ahora han dicho sus biógrafos; pasó en aquella ciudad sus primeros años, yendo en seguida a Zacatecas; a pesar de los cambios de su vida conservaba en su voz el dejo tapatío, y en sus aficiones la predilección por aquella tierra del canto y de las flores, uniéndola a la franqueza y a la sinceridad de la gente minera.

Aunque de noble prosapia, Calderón, —puesto que fue heredero del título de Conde de Santa Rosa—; amaba con pasión a la plebe estudiantil, y, con su Nebrija bajo el brazo, andaba en bureos, siendo objeto de sus solaces los ensayos teatrales, compartiendo sus afectos la parte literaria del teatro, y, ainda más, las actrices y bailarinas de suyo afectuosas y codiciadas, no sólo de los jóvenes estudiantes, sino de los señores más encopetados y circunspectos.

La condición pecuniaria de Calderón era bonancible; así es que sus relaciones con el mundo de las

bailarinas se estrechaban, y no era extraño verle capitaneando la *claque* de una actriz buena moza, ni andar de ceca en meca en pos de una espada o de un casacón bordado, para un actor favorito.

De esta manera Alfieri o Wattel andaban a las vueltas con Moratín, y el futuro letrado abría paréntesis a las Siete Partidas para declamar con énfasis un trozo apasionado del Duque de Rivas, con admiración de los cómicos.

Porque es de saber que Fernando era turrón de amores en el teatro, franco, condescendiente, compasivo, servicial, y de una alegría comunicativa y discreta, que se propagaba, seducía, y desterraba las sombras del mal humor con su chiste y sus gracias. Favorecía los ensueños de las pollas, atizaba la gula de los viejos, dejaba caer su sal y su pimienta en los chismes y devociones de las viejas, y tenía su bolsillo abierto para aliviar las penas que llegaban a su conocimieto.

Su familia tuvo que residir por algún tiempo en una de sus haciendas (La Quemada), propiedad de su padre, y Fernando la acompañó.

La soledad del campo, sus aficiones y la tentación de formar una compañía dramática con sus primos y los dependientes de la hacienda, le hicieron pensar seriamente en escribir un drama o comedia.

En la sala de la finca, después del rosario y de la cena, se sentaba el padre de Calderón, y a su lado la señora su madre.

A Fernando le llamaban frecuentemente a que les leyera alguna cosa, para matar el tiempo, y si la lectura era divertida, primos y primas rodeaban la mesita en que Calderón leía.

Calderón ya tenía escrita su comedia de «Reinaldo y Elena» y esperaba una ocasión de darla a conocer.

Sin anuncio previo, y como si se tratara de un libro indiferente, una noche llevó Calderón su comedia...

El fuego con que leía, su declamación esmerada, y el entusiasmo del auditorio dieron realce a aquella producción.

Fernando no se pudo contener, y dijo que aquella comedia era suya.

El papá se levantó mohino diciendo que aquélla era la causa del atraso del autor, quien turbado y lleno de vergüenza recogía su manuscrito, cuando las primas rogaron, la mamá se interpuso, y el viejo, refufuñando, tomó asiento para seguir oyendo.

Entonces Calderón leyó con más o menos esmero; llegó un pasaje de tiernos sentimientos filiales, la voz del autor temblaba; la mamá llena de orgullo sollozaba, y el padre, vencido y subyugado, se echó en brazos de su hijo, previniéndole severo que no volviese a distraerse de sus estudios con aquellas futilidades.

Esta fue la gran confirmación de la vocación dramática de Fernando.

Después de algunos años pasó Calderón de Guadalajara a Zacatecas, donde fijó su residencia, figuró en el partido exaltado, singularmente favorecido por el señor García y las personas más eminentes de aquel rico Estado, y fue herido en la acción de Guadalupe por las fuerzas de Santa-Anna que lo invadieron, desatando sobre él terribles venganzas.

En esas circunstancias, y por esos motivos vino Calderón a México a mediados de 1836.

Le precedía la reputación de algunas obras dramáticas de mediano mérito y una colección de poesías líricas, dada a conocer por don José María Heredia en un periódico literario que publicaba, y en el cual había censurado algunos defectos

de Calderón; pero hacía justicia a su ingenio y le presentaba como joven de grandes esperanzas.

Por aquel entonces había, como ahora, una alacena en el ángulo de los portales de Mercaderes y Agustinos, —hoy, en la alacena, se expenden puros y cigarros—, en la que, en calculado desorden, había catecismos y pizarrines, Gramáticas de Herranz y Quiroz, tablas de multiplicar, estampas de santos, cuentos y Romances, Lavalles y Ordinarios de la misa, en la mejor compañía de periódicos acabados de imprimir y folletos de ruidosa actualidad.

El propietario de la alacena era un señor amable y caballeroso, con su *sorbete* de a media vara, su chaquetón de indiana amarilla, su chaleco blanco, y sus manos limpias, y que atendía ligero y complaciente a los marchantes.

Nariz prominente y corva, ojos hundidos y discretos, boca recatada y sonriente, tez morena clara, y algo de clerical en su aspecto.

Las muchas relaciones de don Antonio, y la puntualidad y el agrado con los que a todo el mundo servía, hacían de la alacena depósito de encargos, oficina de negocios, arca de secretos, estuche de crónicas, aparador de encomiendas, recurso de tahures, y Lonja, hasta de corretajes para conseguir la salvación eterna; pero el rasgo más característico de aquella alacena, era el de expendio de noticias de todo género; y así como entre los aztecas solía haber un lugar a propósito para charla, que se llamaba *Mentidero*, así en aquel tiempo el mentidero era la alacena de don Antonio, que veía agrupados a un lado del mostradorcillo, sombreros acanalados y charretetas, sorbetes y birretes.

Los elegantes llamaban a la alacena *La Puerta del Sol*, para recordar a Madrid.

Don Antonio, en constante movimiento, vendía gises y rectificaba noticias, contaba pliegos de papel o contaba dinero a la vez que daba su voto sobre los párolis de un jugador o la paliza ruidosa de un periodista, o el efecto producido por un elocuente sermón del doctor Ormachica.

Entre esas gentes y en aquel sitio, percibí al paleta de levita verde, a quien las cien trompetas de la fama llamaban el poeta Calderón.

Hablaba sabroso, reía con desaire, y por angas o por mangas dirigíase su conversación al teatro, que era su pasión dominante.

Frecuentemente concurría a la casa de su tía la señora María de los Angeles de Zozaya, hermosa matrona, cuya tertulia se componía de notabilidades artísticas y literarias, lumbreras del foro y personas eminentes en la política.

El señor Zozaya ocupaba rica posición y tenía bastante influencia como letrado. Su esposa era su idolatría, y su esposa, alegre, expansiva, accesible a los más tiernos afectos, voluble y caritativa, con recursos de magia irresistible para los hombres, y seducciones para las jóvenes y las amigas, Mariquita Zozaya se revelaba siempre entre los rayos purísimos de sus acciones misericordiosas.

La maledicencia misma sucumbía y callaba cuando se hablaba del excelente corazón de aquella mujer adorable.

Como decía, su tertulia la formaban el inteligente juez Pouchet, el más hábil y conocedor de los letrados en materia criminal; Barrera, poeta de salón, entonces muy en voga; y entre los jóvenes sobresalían: por su gentileza, Gamboa; por su chiste, Algara; por sus cuentos salados, Diego Correa; por su elegancia, Juan Roo, don José More, y los hermanos Peña y Barra-

gán, manirotos, valientes y cumplidos caballeros con damas y galanes.

Constantemente se proyectaban en aquella casa bailes, paseos, excursiones al campo, banquetes y cantamisas; porque es de advertir que no faltaban Reverendos y Canónigos en la tertulia, y que aquella señora, como las grandes damas de la época, era tan bien aceptada en los conciertos y saraos como en unos santos ejercicios, o cumpliendo promesas edificantes en Guadalupe o en la Soledad de Santa Cruz.

Calderón era el encanto de aquella tertulia, ya por sus talentos, ya por su carácter dulce y condescendiente, ya por sus aptitudes sobresalientes para los juegos de prendas, bailes y suertes de prestidigitación, a que era afectísimo.

Mi presentación a Fernando en la alacena de don Antonio fue fría, porque algo le preocupaba en aquel momento.

Por esos días me había refugiado con la señora mi madre, moribunda, en una vivienda interior de la calle de los Gallos, de patio empedrado y caño descubierto, escalera torcida y falla de peldaños, chicos desnudos, mujeres en cinta, vecinos lisiados, canes roñosos, farolillo de buche de pescado, en las noches, remendón aguardentoso y desvergonzado en el zaguán, durante el día.

Mi sueldo eran diez y seis pesos; mi amparo un estudiante de medicina tan en la *chilla* como yo, y mi esperanza... la grandeza de mi fe.

El insomnio me procuró relaciones íntimas con la miseria y la tiniebla.

En una noche de congoja infinita, se me presentaron unas señoras muy respetables, señoras de la vecindad a quienes debía favores, mostrándome a un rico, precisamente a las doce de la noche, en las puertas de las Capuchinas.

Decían las señoras, y era cierto, que al sonar la esquila del convento, cuando entraban las monjas a coro, si se daban tres golpes en la puerta de la iglesia, las santas monjas consagraban a Dios sus oraciones por el remedio de la necesidad que representaban los hermanos afligidos.

Lleno de gratitud acepté la invitación.

Por el camino, con una señora de confianza hablaba de mis penas, de mis congojas, y de la imposibilidad completa en que me hallaba de trasladar a la señora mi madre a Tacubaya, como lo tenía ordenado el médico.

Describiendo mis tormentos a mi acompañante, le pintaba las horas en que, en medio de un ataque espantoso en que el dolor parecía despedazar a mi buena madre, cuando con el aliento, con el llanto, y con los gestos de la desesperación la llamaba a la vida, volvía en sí delirando, risueña, llamando a mi padre como en sus días felices, o cantando con voz dulcísima alegres canciones cuando tenía empapadas en lágrimas las mejillas...

Alguien nos escuchó: yo quise volverme; pero la calle estaba solitaria y no se percibía sino la masa de sombra de los que íbamos para la iglesia.

Pocos días después de esta escena, atravesaba la calle de Capuchinas, y me pareció me veía con fiereza un hombre chaparro, moreno, bien peinado y bien vestido, medio abierto de piernas y con un enorme puro entre los labios, que arrojaba plumeros de humo.

Fíjeme en aquella figura un tanto pretenciosa y suficiente, y el hombre me llamó.

—¿Usted es don Guillermo Prieto?

—Sí, señor...

—¿Un joven que hace versos?

—Servidor de usted.

—Pase usted.

Entró, se coló tras del mostrador, sacó una talega, y a mi vista deslumbrada contó doscientos pesos, que yo vi como una columna fantástica de plata.

—Tome usted, eso; es de usted.

Yo no sé lo que fue de mí, ni cuántas cosas pensé. Corrí a las tiendas, hice arreglos, alquilé coche, tomé casa en Tacubaya, y en la tarde volví triunfal a la mía a trasladar a mi madre al pueblo mencionado, seguro de que se había salvado su vida.

Repuesto de mi sorpresa y reprochándome mi aturdimiento, procuré indagar el origen de aquella lluvia de pesos bajada de lo alto, que había hecho mi felicidad.

Después de muchas indagaciones supe que la persona que me había llamado era don Ildefonso del Castillo, dependiente principal de una gran casa de comercio, guatemalteco recién llegado y de muy pocas relaciones.

Era cierto que mi padre había manejado un caudal opulento, y que entonces no eran raras las restituciones sigilosas; pero por mil circunstancias llegué a persuadirme de que se trataba del auxilio de una persona generosa que deseaba ocultar su nombre.

Un segundo y un tercer auxilio, recibidos con suma oportunidad y las mayores atenciones, porque el señor Castillo me había cobrado especial cariño, hicieron que mi curiosidad se despertara de un modo incontinente, y un día que recibí dinero, me acomodé a buena distancia del tenedor de libros, y vi: «Al señor licenciado don Fernando Calderón, para don Guillermo Prieto»...

Mi conmoción fue indescriptible... Yo, que había visto con indiferencia a Calderón; yo, que en mi interior le había calificado de frívolo; yo, que por pedantería y suficiencia (no por envidia, que jamás la he conocido), no había

ensalzado suficientemente el mérito del poeta y las acciones heroicas del patriota... yo, debía a Calderón la vida de mi madre!

En ese intervalo Calderón se había presentado en la Academia, leyendo, corregida, su *Rosa marchita*, que ya conocíamos.

Al siguiente día de mi descubrimiento, me dirigí a la casa de Fernando, para manifestarle mi reconocimiento profundo y tratar de hacerle el pago de sus dineros.

Vivía Fernando en la calle de San Andrés, en una casita de plato y taza que tenía en la puerta el rótulo de *Amoladuría*, rótulo que glosó Calderón con inagotables chistes.

El plato y taza quería decir una accesoria para la calle y dos cuartitos en alto, a los que se subía por un caracol incomodísimo.

En la accesoria vivían en holgura dos criados vestidos de cuero, con sombreroes y su ajuar eran sillas de montar.

Pregunté por Calderón; le dieron aviso, y me dijeron que subiera.

La primera de las piezas estaba con luz, y sólo vi en ella una mesa grande con papeles y vestidos.

La segunda pieza estaba casi a oscuras, recibiendo la luz por un mezzquinísimo postigo del balconcito.

Yo le conté mis relaciones con Castillo, mis amarguras; le aclamé con sincera ternura mi bienhechor, y le hablé de los términos en que había de pagarle.

Oyó Calderón, con fisonomía entre dulce y socarrona, mi relación, y me dijo:

—¿Cuánto tiene usted de sueldo?

—Diez y seis pesos mensuales, como meritorio gratificado de la Aduana.

—¡Valiente sueldo! ¿Y cuánto me abonará usted?

—Ocho pesos...

—Ya estaremos grandecitos cuando acabe el pago.

Cierto acento de frialdad; aquel lenguaje que se parecía al de los usureros con quienes yo trataba, no sé en fin qué me hirió, me acobardó, despedazó mis ilusiones... Tenía un nudo en la garganta, contenía raudales de lágrimas...

No comprendía yo que aquello lo hacía Fernando por oírme hablar.

—¿En qué términos hago la obligación?

—En los que usted guste; —dijo Calderón vistiéndose—, todo depende de las garantías.

—¿Quiere usted pagaré de otros empleados?

—No señor Prieto, porque estarán a la misma altura.

—¿Del Tesorero?

—Tampoco; usted no goza de sueldo: *gratificación*.

Nos acercamos a la mesa y se sentó Calderón.

—Acabemos, pues... —dijo— tomó la pluma y escribió unas cuantas palabras.

—Vea usted —me dijo con un tono de voz que nunca olvidaré; —vea si le convienen mis condiciones.

Yo leí... releí y me eché en sus brazos, llamándole: hermano mío, hermano de mi corazón, y anegado en lágrimas.

El papel decía:

«Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes.

¿"Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?"»

El soldado de la libertad, imitación del *Pirata* de Espronceda, fue la primera poesía que leyó Calderón en la Academia con el carácter de nueva producción de su ingenio. Poco después leyó *El sueño del tirano*.

Ambas poesías, fluidas, sonoras, y de versificación correcta y castiza,

tuvieron gran resonancia y celebridad por las circunstancias.

Santa-Anna se había apoderado de la presidencia de la República, y desde sus primeros pasos se había vuelto cruel, desordenado y vengativo, encendiendo poderoso descontento.

Las dos composiciones de que hablamos se convirtieron en obras de circunstancias: la una se traducía como un grito de guerra contra la tiranía; la otra como su merecido suplicio.

De la aceptación de esas dos composiciones nació la idea de que Calderón no debía dedicarse sino a la poesía lírica, cuando él calentaba en su cerebro las creaciones de *Torneo*, de la *Vuelta del Cruzado*, de *Ana Bolena*, etc.

Calderón de nada de eso se cuidaba; hacía versos como *hacia resuello*, sin darse cuenta ni fijarse regla, en la conversación, hablando a solas, escribiendo, interrumpiendo una carta con una cuarteta o con un soneto. De ahí nace su fluidez incomparable, su naturalidad inverosímil.

Calderón no tenía mesa ni escritorio adrede; en su casa o en la del licenciado Beltrán, tenía sus manuscritos, y cuando más animada estaba la tertulia con gritos de muchachos, risas de muchachas y carreras de perros, se quitaba en un rincón chinelas y calcetines, metía los pies en agua fría, mandaba traer sus manuscritos, y escribía, escribía abstraído del bullicio, sin borrar ni una sola letra.

El manuscrito de *Ana Bolena*, que fue de mi propiedad, tenía sólo dos versos tachados, y eran como veinte plieguitos de papel azul, de los que se usaban para cartas.

También se le encarecía el cultivo de la poesía lírica, por sus dramas. Pero es de advertir, que su lirismo es el lirismo de Calderón y de Lope: lirismo del que no estuvieron exentos ni Tirso de Molina

tan cuidadoso, ni el mismo Moreto, modelo de corrección dramática; y Calderón era hijo nato de esa escuela, aunque carecía de las dotes dramáticas de los anteriores, con cuyas obras se educó.

Calderón era muy medianamente instruido, y poco estudioso; los asuntos de sus dramas los sacaba de la primera novela que caía en sus manos.

De *A ninguna de las tres* tomó el canevá para bordarlo a su manera con los caracteres de la sociedad en que vivía, porque era singularísima en él la sutileza de observación, la rectitud de juicio y la penetración de resortes del gran mundo, en su carácter bondadoso, alegre y aparentemente insubstancial.

Y este es el lugar a propósito para marcar las diferencias entre la poesía de Calderón y la de Rodríguez Galván.

El primero todo lo debía a la naturaleza y la fortuna; la alegría a su bienestar; lo caballeroso a sus tradiciones; sus rasgos de gran señor a los personajes que le rodeaban; la inspiración y la bondad a Dios.

Calderón era expansivo, alegre, manirote, sin hiel.

Rodríguez era hijo del dolor y del estudio; había dejado su tierra en la pobreza, y se había dedicado a trabajos de sirviente de librería, habiendo hallado motivos de consuelo en aquéllos que como muebles reclamaban su ocupación.

Aislado, triste, con sus confidencias con los astros, con grandes escaseces hasta para comprar calzado, indio excéntrico; todo era en él adquirido: educación, modales, manera de decir.

Refir, para Rodríguez, era un esfuerzo como el que hacemos para toser.

Tales circunstancias hicieron que Rodríguez simpatizara con la escuela que se decía de los deshere-

dados y de los infelices; la escuela creadora de Quasimodo y del poeta Gringoire.

Rodríguez se ocultaba para hacer sus versos, porque le habría perjudicado su reputación de poeta.

Para Calderón esa reputación era un título que le mantenía con brillo en la alta sociedad.

Por eso Calderón es más ruidoso; Rodríguez más profundo: el uno más popular, el otro más apasionado y más tierno: en el uno se perciben acentos heroicos; en el otro, a veces, rugidos salvajes.

En un baile, Calderón era una delicia; Rodríguez un contrasentido. El uno era capaz de marchar con la frente radiante al sacrificio... el otro capaz de sufrirlo con la imposibilidad sublime de Cuauhtémoc.

Reflexiónese detenidamente en esos dos caracteres, y se harán juicios acertados sobre sus composiciones.

A su vez, y conforme me lo hayan dictado mis recuerdos, haré mención de los demás miembros de la Academia, que aunque muy ilustres e influyentes, se señalaron más bien y pusieron en relieve su personalidad en los movimientos políticos. Por ahora me permitiré hacer algunas ligeras reflexiones sobre la Academia de Letrán, para que se vea que no exagero en manera alguna su importancia, considerándola como una de las fuentes —acaso la más notable— de la literatura mexicana.

Es cierto que no pueden citarse genios de primer orden como Shakespeare, Calderón, Cervantes, Byron, Goethe y otros astros de primera magnitud, de otras naciones. Pero mucho fue que por la primera vez de un modo científico y concienzudo se abrieran discusiones, se expusieran doctrinas y se fijaran principios, o ignorados completamente, o como sepultados en las librerías de algunos sabios.

La pintura tristísima que hace el señor Pimentel en su precioso libro intitulado «Historia crítica de las ciencias y de las letras en México», es exactísima: sermones de oscuridad incomprensible, versos místicos en los que hay, a veces, verdaderas blasfemias; saluciones a los monarcas que se sucedieron en España; frías imitaciones de los poetas latinos o españoles; tal era el vasallaje de las letras, hasta que a principios del siglo actual, Navarrete y Tagle aparecieron como circuídos de una aureola feliz para las letras.

Cierto es que el *Pensador*, Moradon José Luis Quintana y otros, marcan un período notable; pero más bien en lo político, y de ello me ocuparé a su tiempo, aunque tengo hechas indicaciones, a mi juicio importantes, al hablar de la revolución de 1833 y de don Valentín Gómez Farías.

Carpio, Pesado, Calderón mismo, incurrian en groseras faltas de prosodia, y como nuestro modo de hablar no correspondía a las reglas, teníamos trabajo para dividir la pronunciación en vocales que no formaban diptongos, incurriendo en faltas aun más graves.

El descuido de la instrucción primaria era grande, el estudio del latín muy preferido y acreditado; resultando de todo, que hombres públicos de altísima talla y doctores con borlas de todos colores, escribía abrazo con *h*, como el tipo de la *Gallina Ciega*.

Las discusiones de la Academia nos obligaron a estudiar a Sicilia, a Salvá y a otros gramáticos, y tuvieron otra corrección las producciones poéticas y literarias.

El *Zurriago*, periódico que redactaba el erudito conde de la Cortina, de la escuela de Hermosilla, aunque escrito sin elevación, sin gusto, y sin filosofía ni buena educación, nos dio provechosísimas lecciones que, aunque nos irritaban, rebaja-

ban las pretensiones del amor propio y nos abrían los ojos para seguir los buenos modelos.

Antes, la crítica, con raras excepciones, degeneraba en polémicas de desahogos y groseras personalidades de que quedan lamentables recuerdos.

La Academia tuvo aún más alta significación, democratizando los estudios literarios y asignando las distinciones al mérito, sin distinguir ni edad, ni posición social, ni bienes de fortuna, ni nada que no fuera lo justo y elevado.

Y era natural. Nacida la Academia de cuatro estudiantes sin fortuna, y entrando indistintamente en ella próceres y sabios que cedían su puesto a meritorios de oficina, dependientes de librería y vagabundos como Ramírez, se verificaba espontánea una evolución en la que el saber, la luz, la inspiración, y el genio, alcanzaban noble y generosa supremacía.

Tampoco reunión de esta clase había tenido antecedente en México.

Pero, para mí, lo grande y trascendental de la Academia, fue su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar.

Los folletos políticos y los poemas patrióticos dieron el primer impulso a aquella tendencia que aparecía como intermitente desahogo de la manera de ser. Alguna oda de Tagle, los cantos de Ortega don Francisco, y de Lacunza, o *La batalla de Tampico*, ya tuvieron más formales aspiraciones; pero realmente no pueden mencionarse como características.

No así en Letrán; que aunque había sus imitadores, sin plan y sin premeditación, se procuraba exponer flores de nuestros vergeles y frutas de nuestros huertos deliciosos.

Pesado en su novelita intitulada *El Inquisidor de México*, Pacheco en su *Criollo*, Ortega en *Netzula*,

Rodríguez Galván en su *Moza*, en su *Manolito el Pisaverde*, en su *Privado del Virrey*, Calderón en su *Adela*, y yo en mi *Insurgente*, en varias odas y en romances, nos referíamos: Pesado a los horrores de la Inquisición, Pacheco a la condición degradante de los criollos en México, Ortega a los aztecas, Rodríguez, Calderón y yo, a nuestras costumbres, cuyos cuadros me había yo atrevido a exponer al público en el *Domingo*, periódico que redactábamos Camilo Bros y yo, pronunciándonos contra los vicios de la educación clerical y de los sistemas de estudio.

Como se ve, esta faz, hasta cierto punto autoritativa, que presenta la literatura, merece detenido estudio.

La Academia, o más propiamente dicho, Rodríguez Galván, publicó tres tomitos con el título de *Año nuevo*, en 1837, 1838 y 1839, que quedaron como recuerdo de los trabajos literarios que he recorrido, y que tendrán su importancia el día que se quiera emprender fundamentalmente el estudio de la literatura nacional.

*

Después de recorrer los encumbrados ideales que he procurado describir, caía como despeñado a mis tareas aduanales, mis jefes y mis compañeros de oficina. —No queda más remedio que zambullirse con resolución en aquel mar de prosa porque al fin ocupa un lugar en mis recuerdos.

La aduana era naturalmente plebeya, pero plebeya como la viruela, como el cardo, como el mosquito que espanta el sueño; yo le encuentro cierta semejanza con la red y la ratonera, con la trampa y con la Inquisición. Pero la aduana podía decir como el don Donato de Bretón: «tengo dinero».

Así es que en las prerrogativas oficiales, en las aspiraciones de al-

los personajes a las jefaturas en sus conexiones con el rico comercio, la aduana rayaba a grande eminencia y era de muchísima importancia su intervención en los negocios. El gran movimiento de mulas y carros, entrando y saliendo por las puertas de entrada y salida; los montones de tercios que se abrían y cerraban en los patios amplísimos al ruido aturridor de cuñas y martillos; el tumulto de cargadores rodando barriles y transportándolos; los vistas con sus guías en las manos confrontando facturas, examinando efectos y disputando con amos y dependientes, y la multitud que a la oficina penetraba de indios, indias, arrieros, dependientes de tiendas y cajones, portadores de dinero, etc., todo hacía de aquellas oficinas la mansión del ruido, la estancia del trajín, la guarida de la fatiga y el remedo del tumulto, de la inundación y del incendio.

La grande oficina tenía a la entrada un gigantesco cancel que daba paso a un ancho salón de 40 varas de largo, con barandillas y mesas con sus papeleras a los lados, y en el fondo una imagen colosal de la Virgen de Guadalupe, a la que ardían constantemente dos o cuatro velas.

En la pared izquierda del salón se destacaban tres grandes puertas de los tres departamentos más importantes de la oficina: la Administración, la Contaduría y la Tesorería. Cada uno de estos departamentos tenía su fisonomía particular: lujoso y con sillones el primero, silencioso y como sustraído a todo trajín el segundo, y el tercero tumultuoso, con el ruido de los pesos, los atropellos de los causantes, los contadores de dinero con sus mandiles en el mostrador y sus cargadores y criados de confianza ladinos e insolentes.

Las mesas que decoraban el salón marcaban los distintos ramos

y operaciones del despacho: «Mesa de Pases», «Mesa del viento», «Mesa de los Abonados», «Mesa de efectos del país», de «Liquidaciones», de «Libros», etc., etc.

Las mesas de Pases y del Viento eran escándalo e insurrección perpetua: a la primera acudían en tropel los viajeros, que, listos para marchar, desde las cuatro de la mañana esperaban en todo tiempo hasta las nueve a que se abriera la oficina. A la segunda los introductores que dejaban prenda en la garita y que acaso habían pernocado en México con gravámenes inmensos porque la oficina se cerraba a las dos de la tarde. ¡Ay del infeliz que mostraba impaciencia! ¡Ay del distraído que olvidaba quitarse el sombrero reverente!

Mientras los causantes bramaban, los empleadillos de tres al cuarto se engolfaban en una disputa sobre el mérito de Chucha Moctezuma o Palomera, bailarina una, gracioso el otro, o en recitar unas coplas, o en recoger un escote para unas *chalupas*, o remedar a los jefes e imitar sus firmas.

A menudo desaparecían dos o tres empleados que iban a almorzar y entonces armaban plaza los indios pacientes hasta el regreso de sus servidores.

A la mesa del Viento se agolpaban queseros, maiceros, introductores de piedras, vigas, ganados, etc.; la tarifa era voluminosa, las cuotas variadísimas, la urgencia del causante la misma, y la holgura y cachaza de los empleados la propia. Solía haber sus altercados provocativos; no faltaban rancherías de dentadura blanca, pecho saliente que humanizaran a los canes del fisco; pero tratándose del tesorero, era forzoso esquilmar y exprimir al contribuyente so pena de los anatemas de la superioridad, manía que aun subsiste.

Una borrada ligera, un rasgo de pluma acusado de sospechoso, una